

## EL PENSAMIENTO DEL DOCTOR OSVALDO LOUDET \*

por el Académico presidente DR. ALEJANDRO LASTRA

El doctor Osvaldo Loudet presidió durante varios años, con singular brillo y eficiencia, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. En marzo del corriente año expresó por escrito a los señores académicos su propósito irrevocable de no aceptar una nueva reelección para ese elevado cargo. Inútiles fueron las gestiones realizadas por los miembros de la corporación para que modificara su decisión.

Por esa causa fue inevitable proceder a la designación de nuevas autoridades, lamentándose la actitud del doctor Loudet.

En ese mismo acto se resolvió nombrarlo Presidente Honorario y hacerle entrega del diploma correspondiente, que así lo acredita, en una sesión especial que se efectuará en su homenaje por su valiosa contribución al frente de la Academia.

Asimismo se resolvió publicar, en nombre de la misma, su última obra *Vida Universitaria*, en que ha reunido parte de sus muchos trabajos académicos, conferencias, y semblanzas de ciudadanos eminentes que había presentado en sesiones públicas de las instituciones a que pertenece.

Este libro contiene esos estudios, en los cuales se expresan su pensamiento y sus inquietudes de carácter permanente y que son fruto de su labor y sus meditaciones

\* Prólogo del libro del Académico Dr. Osvaldo Loudet, *Vida Universitaria*.

sobre problemas fundamentales.

Resulta difícil, si no imposible, resumir la inmensa tarea realizada por el doctor Loudet en sus largos años que mantienen en plena lozanía su alma juvenil, ávida de nuevos conocimientos que siguen la línea filosófica que lo inspiró en toda su trayectoria.

Sin hipérbole puede afirmarse que es uno de los espíritus más lúcidos de este azaroso siglo XX en nuestro país.

En sus palabras traduce su bondad intrínseca, pronta al elogio y al reconocimiento de las virtudes de todas aquellas personas que ha conocido en su proficua existencia.

Filósofo, psicólogo, profesor, maestro, poeta, escritor brillante y conferenciante eximio, ha sobresalido en todas esas actividades, además de haberlo hecho en la ciencia médica en la especialidad de su vocación.

De ánimo inquieto, ha incursionado con éxito en las ramas de la cultura y ha sabido impregnar los estudios que realiza sobre los hombres y personajes que analiza en sus escritos, con sabias reflexiones, abrevadas en los clásicos universales.

En sus artículos aparecen con frecuencia las citas emanadas de sus enseñanzas. Así los nombres de Leibnitz, Descartes, Platón, Virgilio, Bacon, Horacio, Marco Aurelio.

Las lecciones recibidas de todos ellos, ha sabido convertirlas en reflexiones propias acerca de la vida, de la virtud, de la moral, de las labores que dignifican y ennoblecen.

Al estilo de Pascal y otros autores admirables, ha resumido su pensamiento en máximas profundas, que la vida le ha dictado en sus momentos de bienaventuranza y de dolor.

Así nos dice en una ocasión "Vivimos en la sombra para disolvernos en la luz" o "El hombre es una pequeña luz entre dos silencios infinitos: antes de nacer y después de morir".

Invocando a San Agustín exclama: "La verdad no está fuera, está dentro de nosotros. Sin embargo el hombre hace más vida exterior que interior". "No busques fuera, vuelve a ti mismo: en el interior del hombre habita la verdad."

Y afirma una certidumbre que aparece en sus trabajos: "la vida no vale por la extensión sino por la profundidad. No tiene valor la longitud sino la obra cumplida. Hay que

vivir horas críticas y no superficiales. Las últimas son borradas fácilmente por el tiempo”.

La experiencia en la vida la resume diciendo: “La vida demasiado larga puede ser un castigo o un premio. Probablemente es una prueba”.

En lo profundo de su personalidad conviven el poeta y el filósofo, transida de eternidad y de un hondo misticismo. Desde su alta cumbre contempla el mundo con sentido místico, con afán metafísico y honda religiosidad. Sólo así se explica su conformidad estoica. Su inconfesada conversión agustiniana, asentada en la recoleta intimidad de su alma.

Como Bacon podría decir: “La virtud de la prosperidad es la temperancia, la virtud de la adversidad es la fortaleza, que en la moral es la virtud más heroica”.

En su formación espiritual y en su conformidad con la vida, han influido visiblemente los principios de la escuela estoica, que gravitaron en la Patrística cristiana.

Como dice García Venturini: “La doctrina estoica se ha caracterizado por el dominio de las llamadas pasiones, en procura de un equilibrio y aun de una suerte de autarquía o autodomínio, que hace del sabio un ser independiente y ubicado por sobre todas las tentaciones, todos los placeres y todos los dolores de la vida”.

Expresa Julián Marías: “Es una doctrina para tiempos duros, una moral de aguante. Soporta y renuncia: difícilmente se podría encontrar una fórmula mejor de moral mínima para tiempos procelosos, para vivir en los reinos de los Diádocos o en la Roma de Nerón. El hombre antiguo sólo podrá resistir como una roca esta tempestad que lo rodea”.

Epicteto, el esclavo liberto, ha expresado estos principios en máximas admirables. Manifiesta: “El deseo y la felicidad no pueden vivir juntos” y luego “conserva bien lo tuyo y no codicies lo ajeno. Si tal haces, nada podrá impedirte el ser dichoso”.

Y Séneca: “El hombre feliz es aquel para quien nada es bueno ni malo, sino un alma buena o mala, que practica el bien, que se contenta con la virtud, que no se deja elevar ni abatir por la fortuna, que no conoce bien mayor que el poder darse a sí mismo, para quien el verdadero placer será el desprecio de los placeres”.

Y en otra parte: "Toda ferocidad procede de la debilidad". Y luego: "Prefiero moderar mis alegrías a reprimir mis dolores".

Así ha sido y así es Osvaldo Loudet. Fuerte en la adversidad, naturalmente temperado en el éxito.

No se encontrará en sus obras una crítica árida, sino la defensa leal y sincera de sus ideas, mantenidas desde su juventud y perfeccionadas con la experiencia y el estudio, ese estudio permanente en que siempre ha persistido, cultivando con la lectura su espíritu transparente y lúcido como un cristal.

Más de veinte obras, plenas de sabiduría, jalonan hasta ahora su existencia que ha de seguir produciendo nuevos trabajos en la labor en que continúa insistentemente.

Una inquietud metafísica se manifiesta en todas ellas, en las que se expresan los más altos valores del alma.

Pueril sería e innecesario intentar resumir su extensa producción que comienza en su época de estudiante, fundador y primer presidente de la Federación Universitaria Argentina, en la que ya se anuncia el pensador profundo, exento de vana retórica, pero lleno de sanas inquietudes, sobria y claramente expresadas.

"La pasión en el delito", su tesis laureada por la Facultad de Medicina, mereció el elogio de Gregorio Aráoz Alfaro que dijo de ella: "Este hermoso trabajo inaugural presenta al público no sólo a un médico, sino a un pensador y a un sociólogo".

Merecidas y repetidas alabanzas suscitaron sus otras obras. De *Política del Espíritu* pudo decir Ricardo Sáenz Hayes: "Pocas veces he leído nada tan noble y hermosamente dicho. Como crítico, todo me parece concluido y de un equilibrio raro de encontrar en las obras más trabajadas. Hay profundidad y vuelo del pensamiento. Creo que *Política del Espíritu* se incorpora a las grandes obras de la literatura médica y de la literatura propiamente dicha".

De *La vida íntima* expresó Antonio de la Torre: "La vida íntima me recuerda algunos libros de André Maurois por la flexibilidad del estilo y su armonía; pero también al maestro del ensayo, a Montaigne. Aprende uno mucho leyendo su libro, que a veces participa de las profundidades del filósofo y otras, de la ternura del poeta".

De *Los días y las noches* dijo Rafael Alberto Arrieta: "El médico, el filósofo y el poeta se fusionan para crear, en armonioso acorde, los acerados aforismos de su librito confidencial".

De *Más allá de la clínica* manifestó Alberto Palcos: "Es una obra hermosa, de ciencia y arte a la vez. En sus páginas se hermanan, el médico humanista, el filósofo y el delicado poeta".

Llevaría extenso espacio enumerar los juicios laudatorios que merecieron las obras del doctor Loudet, pero en los dos últimos que he citado se resume la verdad del personaje: el médico humanista, el filósofo y el poeta, que aparecen fusionados por el afán metafísico, por el más allá, lo que no le impide tener bien firmes sus pies sobre la tierra.

En *Itinerario*, libro que comprende tres etapas de su vida, en el párrafo final del prólogo, que denomina "Justificación", estampó este pensamiento: "El éxito tiene un valor muy relativo. Lo que vale es el esfuerzo y un ideal superior y límpido. Tal vez, lo mejor de los laureles son las lágrimas escondidas entre sus hojas".

De esta obra que ahora publica la Academia en su homenaje trataremos de extraer ahora algunas de las ideas y conceptos filosóficos y su espíritu poético que presiden su pensamiento y confirman los asertos anteriores.

En la conferencia pronunciada en nombre de las Academias Nacionales con motivo del bicentenario del nacimiento del Libertador General José de San Martín, expresó conceptos claros y definitivos sobre la formación y el espíritu del Gran Capitán.

Así dijo que: "El arte de vivir con nobleza y dignidad era la introducción para ser hombre de armas con valentía y abnegación. Los oficiales del ejército, fueron igualmente caballeros en la vida y en las armas. El honor de caballero y el honor de soldado era la misma cosa. Este culto de las humanidades en el Colegio de Madrid nos recuerda el plan clásico que implantó el presbítero Baltazar Maciel en el Colegio de San Carlos de Buenos Aires y que estableció el deán Funes en el Colegio Montserrat de Córdoba. Los hombres de Mayo, educados en el San Carlos y los egresados de la Casa de Trejo, despertaron e iluminaron la conciencia argentina. Las humanidades hi-

cieron más armoniosas las almas y les dieron a los estudiantes un perfil moral más sereno y más fuerte. ¿Cuáles eran los principios esenciales de la Escuela de Nobles de Madrid?: la fidelidad a normas morales que caracterizan al hombre de bien, su amor a la libertad de su conciencia y a la conciencia de los demás; su capacidad para el renunciamento; su desprecio o su indiferencia por el poder, cuando esto no está al servicio de un ideal superior; su culto por la educación; sin la cual la libertad degenera en licencia y libertinaje; su amor por el orden, que lo enseña la misma naturaleza; en síntesis, el culto del heroísmo espartano y de la sabiduría ateniense”.

Analiza su retiro después de la entrevista de Guayaquil diciendo: “Nunca aspiró a ser monarca de los Andes como le atribuían sus calumniadores, porque despreciaba los honores y los títulos. Lo que le importaba era la libertad de los pueblos y no la corona de los triunfadores. Tenía el derecho de ser el dueño de muchas glorias, pero prefirió ser el esclavo de muchos principios. Prefería el silencio al ruido, las ideas a las palabras, los hechos a las teorías, los problemas a los axiomas”.

Agrega, luego, un juicio que revela su propio pensamiento, coincidente con el del Libertador: “Puede suceder y sucede, en el orden político, militar, y social, que la historia de muchos renunciamentos sea superior a la historia de muchas conquistas. En el orden militar el conquistador tiene la tierra bajo sus pies, pero no tiene las almas que viven en ella. Las simples conquistas de las armas hay que apuntalarlas con la fuerza de las ideas. Por eso nuestro Libertador viajaba con dos ejércitos: el de las armas y el de los libros. Por eso fundaba escuelas y creaba bibliotecas. Le escribía a un maestro de Mendoza: “La instrucción es la llave que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos; yo deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres”.

En lo que llama su “Discurso pronunciado el día del Bioquímico”, nos hace estas confidencias que forman la esencia de su vida: “El único oro que he perseguido en mi vida ha sido el oro de las ideas y el elixir necesario para cumplir una vida noble y generosa... la vida merece

ser vivida por la verdad, por el ensueño, por el amor, por la esperanza”.

En la recepción al profesor Bernardo González Arrilli, en la Academia Argentina de Letras, estampa estas palabras llenas de poesía: “Yo lo conocí en la segunda década de este siglo. No os alarméis, porque todavía somos jóvenes. Teníamos los bolsillos vacíos pero el corazón lleno de ilusiones. Nuestra residencia habitual era la luna, donde no se paga alquiler. Ahora ha sido despoetizada por los astronautas y nos han desalojado. Sabemos que es una señora anciana llena de arrugas, y para colmo, no tiene alma. Es inhabitable. Sin embargo, no hemos dejado de soñar, sin lo cual la vida es opaca, triste y estéril”.

En el “Cincuentenario de Bachilleres del Colegio Nacional de Buenos Aires” les dijo a sus ex discípulos “El amor vence el tiempo. Puede él jugar con nosotros, pero podemos derrotarlo. Podemos derrotarlo viviendo intensamente, es decir, trabajando siempre, estudiando siempre, soñando siempre. La vida no vale por el número de años vividos. La vida hay que vivirla en profundidad, transformando las horas superficiales en horas cúbicas. Os aconsejaba en aquel entonces que llevaseis en vuestras alforjas de viajeros muchas ilusiones, muchos sueños, muchas esperanzas, porque muchos de todos ellos se perderían en el camino y hay que tener sueños y esperanzas hasta el final del mismo. Hay que tener un ideal para poseer una razón para vivir. Sin un alto ideal la vida es triste, monótona y gris. Otra cosa importante: llegar por los caminos rectos y no por senderos oblicuos o torcidos. Llegar con dignidad, con honor, con la conciencia limpia. En la lucha por la vida hay que tener algo de Quijote y un poco de Sancho, es decir, la ilusión y el buen sentido. Los títulos tienen un valor relativo y la más noble de las profesiones es ser hombre”.

En las “Bodas de Oro de los Médicos Forenses” manifestó: “He dicho muchas veces y lo reitero ahora que existen tres edades que no siempre corren paralelas: la edad cronológica, la edad biológica y la edad del espíritu. La edad cronológica la fija automáticamente el almanaque que nos hace más jóvenes o más viejos de lo que somos. La edad biológica la señalan las arterias según su flexibilidad o su dureza. ¡Felices los tiempos en que éramos tan

millonarios en ideas como en glóbulos rojos! La edad espiritual es la del alma que nos hace optimistas o sombríos, tristes o felices, angustiados o serenos. Es la más importante de todas, que no depende del tiempo ni de las arterias. Es la más secreta, la más incógnita. No hay rayos X que la descubran.

"Mis queridos amigos. Mejor dicho, mis amados discípulos, hijos y nietos. Estoy en la pendiente final de mi existencia. Pronto me iré y creo que éste es mi último mensaje. Sed justos, sed buenos, sed imparciales. No sólo penséis en vosotros sino en nuestro país, que tanto necesita del amor de sus hijos para que podáis decir con orgullo en cualquier punto de la tierra: soy argentino, he nacido en un país donde se ama la libertad, la justicia, el derecho y la paz."

Y cuando se trata de las "Bodas de Oro de una Generación Médica" les expresa: "En la tarde de la vida se ven las cosas con más claridad, con más indulgencia, con más tolerancia. Se comprenden mejor las virtudes y las debilidades de la naturaleza humana. Por eso es preferible, a pesar de todos los quebrantos, ser optimista, porque ayuda a vivir, y ayuda a vivir porque la esperanza es consustancial con la propia existencia. No somos adeptos al optimismo absoluto que sostenía Leibnitz, según el cual es el mejor de los mundos posibles. Más cerca estamos del optimismo relativo de que hablan otros filósofos, según los cuales este mundo, sea bueno o malo, es perfectible por obra del propio hombre. Se ha dicho que la libertad se conquista todos los días; debemos admitir que lo mismo sucede con la felicidad. Hay que luchar, comprender, olvidar y perdonar. Nosotros los médicos estamos en mejores condiciones para conocer el corazón humano, porque nuestra profesión es una «profesión confidencial» como la del sacerdote. Conocemos y confesamos las miserias físicas y morales del hombre y por eso absolvemos, toleramos y perdonamos".

Al recibir su diploma de profesor honorario de la Facultad de Farmacia y Bioquímica declara: "Una vez más reconozco que las palabras son inútiles para expresar nuestros sentimientos. Es posible que traduzcan nuestras ideas, con mayor o menor claridad, pero las emociones son in traducibles y las palabras resultan hojas temblorosas. Una

larga vida nos sensibiliza o nos anestesia. En mi caso la vida no ha debilitado ni endurecido mi sensibilidad. Soy un viejo árbol, con pequeñas ramas lozanas, suficientes hojas verdes para poder respirar, algunas flores pálidas y escasos frutos secos, no obstante que mis amigos creen que todavía tienen jugo. Yo no lo creo. La cálida bondad de ellos atenúa la fría realidad inalterable. Felizmente no he perdido la autocrítica, la cual me ha librado de la soberbia y del orgullo. He sido simplemente un estudiante crónico, en el buen sentido del término. Siempre he tenido un libro abierto y la lámpara encendida. Jamás las páginas cerradas y los ojos en la penumbra. Creo que el espíritu no debe morir por inanición o por falta de luz. Necesita alimentarse de continuo alumbrado por la inteligencia y sostenido por el corazón”.

Cuando habla de Pedro N. Arata, su profesor de Bioquímica Biológica, nos dice: “Yo creo que en todo hombre de ciencia o que aspira a serlo, existe una escondida sed metafísica. ¿Se pueden contentar con admirar las armonías de la naturaleza y del mundo cósmico? ¿Se pueden contentar con catalogar observaciones y experiencias y descubrir leyes naturales? ¿Qué hay detrás de la música pitagórica de los astros? ¿Que nos dice el mundo de las cosas y de los seres? Descartes se queda perplejo, y parte de la duda para ir al encuentro de la verdad. Le resulta difícil el camino que va de la Ciencia a la Teología, la ciencia de Dios. Para Pascal el camino es fácil. La primera luz la recibe de la Matemática, la segunda de la Física, la tercera de la Religión. En sus «Pensamientos» está el itinerario. Es un humilde «junco que piensa», como define a la pobre criatura humana. Algunos se detienen en medio del camino, con tremendas angustias, y no ven el último horizonte. Me habéis dicho: «Maestro, ¿qué habéis hecho para llegar a tan altos años conservando la luz?». Respondo: en primer término, ya no soy maestro; tengo la felicidad de volver a ser discípulo. Los progresos de la ciencia transforman a los maestros en discípulos y a los discípulos en maestros. Es una gloria privilegiada. En segundo lugar, no se llega nunca y se empieza siempre. Infeliz el que cree que ha llegado, porque ha borrado de la vida el horizonte que siempre se renueva. Respecto de mi obra, creo que es pequeña y debí de haber hecho mucho más.

El programa de mi existencia ha sido el de todos vosotros. He estudiado, he trabajado, he soñado, he amado y he sufrido. Mis desventuras me han enseñado mucho más que mis éxitos. Una sonrisa me ha curado de un agravio, un abrazo fraterno de un juicio severo, un elogio excesivo de una censura excesiva”.

En el discurso que pronuncia en el homenaje de la Sociedad Argentina de Criminología nos expresa esta confesión de su vida que nos emociona por la profundidad que contiene y la sencillez con que la manifiesta: “Y ahora, dos palabras sobre los altos años que me permiten ver en la lejanía el tiempo transcurrido. En las tardes serenas las cosas se observan más claras y sin alucinaciones. Declaro que el tema no me entusiasma y hubiera preferido conversar a solas conmigo mismo. Lo que yo tenía escondido lo han descubierto mis amigos discípulos y han querido celebrarlo. Lo agradezco como expresión de afecto. Hubiera preferido el silencio. La longitud de una vida tiene poca importancia. Lo único que cuenta es la profundidad de la vida. El reloj es un mal juez, porque lo único que mide es la longitud del tiempo, y éste, según San Agustín, es una creación del hombre que vive desesperado. Mi vida no ha tenido la profundidad que hubiese deseado. Ha sido nada más que inquieta y trabajada. Sin inquietud no hay creación. Sin trabajo no hay cosecha. El esquema de mi existencia es muy sencillo y no tiene nada de excepcional. He estudiado sin pausa, he trabajado sin descanso, he amado mucho y también, por qué no decirlo, he sufrido mucho. He pagado mi cuota de dolor a la vida y cumplido sin titubear sus exigencias. Le he pedido únicamente lo que podía darme con justicia. No he querido dádivas de complacencia. He llegado al profesorado universitario mediante concursos severos y limpios, se me ha honrado con la presidencia de sociedades científicas y con la representación del país en congresos extranjeros. He escrito algunos libros, porque las conferencias se las lleva el viento. Pero, tal vez, lo más importante, desde el punto de vista ético, hayan sido mis renunciaciones. Nunca he asaltado posiciones que otros merecían más que yo; nunca he aspirado a títulos que otros ostentaban con justicia. He renunciado a altas funciones públicas por amor a la libertad, y a los halagos de la fortuna, porque la mejor riqueza

es la virtud. He sido un estudiante eterno, un maestro honesto, un ciudadano pródigo, un hombre libre. He cumplido con mi deber, como un mandato de mi conciencia y nada más”.

En su admirable estudio sobre Manuel Río, alude al problema de la libertad y el hombre, y nos dice: “Invocar la fatalidad es invocar nuestra ignorancia. Es una palabra que disimula el vacío y la nada. Ya dijo Aristóteles que tampoco es razonable atribuir lo que acontece al azar o a la fortuna, lo cual es sólo variedad del fatalismo. Los que niegan la libertad eluden la responsabilidad y se lavan las manos de sus delitos y de sus errores. Los que defienden el libre albedrío aceptan la responsabilidad de vivir con toda su conciencia”.

En varias partes de su obra se refiere a los médicos con palabras plenas de sabiduría contemplando a los psicólogos y a los psiquiatras, al médico forense y su relación con el derecho, así como la función del médico rural y la del médico de familia, ambos en vía de extinción.

Analiza la deshumanización de la medicina y el papel que asume el médico químico.

Al ocuparse de Nerio Rojas, que brilló con luz propia en el campo de la psiquiatría y comentar su tesis doctoral nos expresa, entre otros conceptos, que la psiquiatría es una “especialidad donde convergen todas las ciencias que se ocupan del hombre; que exige métodos de examen y de investigación que pertenecen a varias disciplinas; que reúnen una cultura general en que se entrelazan las ciencias de la naturaleza con las ciencias del espíritu; en que el explorador debe poseer aguda inteligencia, fina sensibilidad, despierta intuición, intensa bondad, inagotable paciencia. Lo he dicho en cierta oportunidad y lo repito ahora: es más difícil desnudar un alma que desnudar un cuerpo. En el primer caso hay que vencer un pudor tan delicado y sutil que pone a prueba el tacto, la oportunidad y la sagacidad del examinador. No es posible arrancar los velos detrás de los cuales se emboza un alma enferma, con precipitación e insensibilidad moral. Es necesario descorrerlos, uno a uno, con suavidad, como atraída por un llamado de amor, sale ella misma del escondite ya despojada de sus rebozos. Encontraremos, entonces, heridas re-

cientes o cicatrices antiguas y podremos curar todos esos males con dulzura infinita y prudencia extrema”.

Es profundo el análisis que efectuó de la Medicina legal y el médico forense y de las relaciones entre la medicina y el derecho.

“La Medicina legal —dice— tiende puentes entre la medicina y el derecho y la sociología, y la justicia y la moral. Hay que moverse de un extremo a otro de esos puentes para unir, conciliar, fortalecer valores que son complementarios, muchas veces coincidentes, siempre respetables y necesarios para completar el cuadro enfocado en cada caso, por el interés del investigador. Debajo de esos puentes de luz circula la corriente tumultuosa de las pasiones, de los intereses, de los egoísmos humanos.”

En un breve trabajo sobre el médico y la justicia expresa: “Creo que en la jerarquía de las especialidades médicas, el médico forense ocupa un lugar prominente, porque sus conocimientos resultan de la afluencia de numerosas disciplinas científicas y porque su función en la sociedad está más allá de la conservación de la vida física de sus semejantes, y digo más allá porque de él depende la conservación de la vida civil y moral en muchos de sus aspectos más trascendentes. No olvidemos que el médico forense dictamina sobre la capacidad mental y como consecuencia sobre la capacidad civil y criminal de un sujeto determinado. El médico forense desborda el conocimiento del médico común y tiene que penetrar forzosamente en el terreno jurídico de las leyes, es decir, en las relaciones que éstas pueden tener sobre la vida del individuo en sociedad. El médico forense es el médico de la justicia. Es su colaborador indispensable, su guía y su luz. Sin su ciencia en muchos problemas, la justicia camina en la sombra, por túneles oscuros y corre el riesgo de perderse o de precipitarse en un abismo. En muchos casos el verdadero juez, el único juez, es el perito, porque el de la ley no hace otra cosa que aplicar las conclusiones del médico forense”.

Después de señalar que la Medicina ampara, defiende, protege y salva al hombre, anatematiza al materialismo puro y al cientificismo ciego que se olvida del alma de los enfermos.

Señala que la Medicina se deshumaniza por tres razones fundamentales: 1) por la tiranía de la técnica, 2) por

el trabajo en equipo y 3) por la socialización de la Medicina. Y analiza en detalle esas tres causas, a la que agrega su comercialización porque "El período romántico y apostólico está tomando visos de leyenda. Lo que fuera un sacerdocio se inclina a ser una mera profesión lucrativa. No es esto común —dice—, pero muchas veces es una realidad dolorosa". Y termina expresando: "Y bien, señores, el humanismo médico significa la aproximación de la clínica a la psicología del enfermo; la aproximación de nuestra alma al alma del doliente, con toda la ciencia posible. Hay que salvar la persona humana tratándola en su totalidad. En todos los casos la técnica debe estar al servicio de la caridad, de la humanidad, del amor al hombre. La técnica sola no es humana, el amor solo no es eficiente; la ciencia, la conciencia y el amor unidos, alivian del sufrimiento. Hay que juntar dos humanizaciones: la científica y la moral. El biólogo debe pensar con el psicólogo. No olvidar nunca la relación psicosomática. El profesor Balze ha denominado nuestra vida actual «existencia técnica» porque el mundo está tecnificado. Es un juicio desesperado y desesperante. ¿La «existencia técnica» es acaso la verdadera vida? ¿No es en realidad una existencia falsa, una existencia sin espíritu, que no puede ser la verdadera vida? Cuando el hombre sea una máquina o un simple aparato habrá perdido el alma, y con ella, la poesía y la esperanza".

Con profunda emoción señala la desaparición del médico rural y el médico de familia, cuya función y cuyo altruismo expresa en forma elocuente. "En el tratamiento de sus enfermos este hombre siempre une al conocimiento científico el estudio psicológico de los pacientes. Sabe muy bien que las vitaminas morales son tan importantes como las vitaminas químicas."

Siempre en la corriente de las buenas ideas elogia la libertad de prensa diciendo: "...desde la punta de una pluma surge una voz que enseña e ilumina sin ruido y sin sosiego. Una voz que se prepara en silencio y se escucha con los ojos que oyen más que los oídos. Alguien ha dicho que un editorial valé un regimiento y destruye más que éste, sin balas y sin estruendo. Si un editorial puede ser más peligroso que un regimiento, varios editoriales constituyen un ejército. Por eso los dictadores combaten la

libertad de prensa. Temen ser derrumbados por esos editoriales”.

Ha escrito páginas admirables sobre el maestro y el discípulo, que son fruto de hondas meditaciones y su prolongado ejercicio de la cátedra.

Sobre el discípulo, que diferencia del alumno, al que considera de una categoría intelectual y moral inferior, manifiesta: “Asume, por el contrario, una actitud activa, en el sentido de participante y continuador de la obra del maestro. El discípulo no está al margen de las investigaciones para nutrirse únicamente con el resultado de las mismas; el discípulo vive la vida científica y moral del iniciador, se alumbra con su luz y enciende la propia; el discípulo no es como un espectador del hombre que enseña, es un actor como él, en el mismo escenario, con la misma vocación y el mismo ideal. Es un actor, de primero o segundo plano, pero es un actor que puede, hoy o mañana, sustituirlo”.

Y sobre el maestro: “Frente a estas categorías de los que aprenden debemos colocar como antónimos a los que enseñan. La altura máxima está ocupada por el maestro, la intermedia por el profesor y la última por el enseñante. El primero hace discípulos, el segundo tiene alumnos y el último instruye escolares.

”Hacer discípulos es tarea noble, generosa, magnífica. Es nada menos que hacer hijos de la inteligencia y del corazón, que no mueren como los hijos de la sangre porque en ellos se enciende y se trasmite la luz del espíritu. Hacer discípulos es perpetuarse en el tiempo y traspasar la antorcha simbólica de una generación a otra. Hacer discípulos implica crear espíritus para una misión determinada, para una aventura superior, para un alto destino.

”Un maestro de verdad debe ser un explorador de almas: debe saber orientarse en las «selvas misteriosas» de que hablaba el poeta, para buscar la escondida fuente de agua cristalina en medio de la maraña intrincada y sombría. Hay maestros que han perdido discípulos porque no han sabido descubrirlos. Hay maestros que no los han descubierto por tener «el corazón frío», sin esa irradiación de simpatía que aproxima y hace florecer los espíritus. Exploradores de la superficie, por acidia o por falta de intuición, nunca descendieron a las profundidades donde se

encontraban los tesoros. «Sería muy bello y muy útil —decía Pasteur— recordar la participación que el corazón ha tenido en el hallazgo de los grandes discípulos y en el adelanto de las ciencias»”.

Perdonadme esta larga introducción que ha sido escrita robando ideas y conceptos, sabias ideas y sabios conceptos del maestro, pero no he podido sustraerme al encanto de sus palabras, de su rica penetración psicológica, de su profunda capacidad de análisis sobre los hechos y enseñanzas de la vida y de las ciencias.

No pude encontrar mejor pórtico para esta obra, probatoria, como todas las suyas, de su sabiduría filosófica, inspirada en el estoicismo y en las ideas de los que alumbraron a los grandes sabios de la humanidad, tamizadas, recreadas, por el espíritu superior de Osvaldo Loudet.

Penetrad ahora, leyendo este libro suyo, que en su honor publica la Academia, en toda la vastedad de su pensamiento.